

Con ese chico me voy a casar



Estaba Ana María con sus amigas en la puerta de su casa, platicando como cada tarde, hacía días que ella se había fijado en un chico alto delgado que pasaba caminando, siempre solo, muy serio, un buen día ella tomó valor y le saludó.

— Adiós —le dijo Ana María.

— Buenas tardes —respondió el chico inclinando la cabeza, un poco sorprendido.

Desde aquella tarde Ana María esperaba impaciente en la puerta de su casa, siempre acompañada de sus amigas a que apareciera el chico, se volvió una costumbre saludarlo y el responder el saludo. Claro que a él no le era indiferente. Ana María, con su piel aceitunada y sus ojos verdes, era una belleza, pero la sentía tan lejos, él era hijo del herrero del barrio vecino y ella era una chica mimada (al menos eso pensaba ella), hija única de un matrimonio bien acomodado, vestía siempre a la moda y conducía un auto blanco, él o caminaba o conducía una bicicleta, era el hijo mayor de una numerosa familia.

Así fueron transcurriendo los días, las semanas y un buen día, al pasar junto a la chica de los ojos verdes, después de saludarse como siempre y cuando ella pensó que no la podía escuchar, les dijo a sus amigas: — Con ese chico me caso yo. Las amigas se rieron y una de ellas le dijo

— Ana María, pero si tú tienes novio, y muy guapo, por cierto.

— Sí, es verdad, Joaquín es muy guapo y de muy buena familia, estudia una carrera que algún día terminará y entonces querrá casarse, pero no será conmigo, porque yo me voy a casar con ese chico.

— Pero si no sabes ni como se llama, ni en donde vive ¿crees que tu mamá va a estar de acuerdo en que dejes a Joaquín para hacerte novia de un chico que ni conoces?

— No me importa, yo sé en mi corazón que con él me voy a casar.

Las amigas al ver que ella estaba aferrada a esa idea loca, desviaron mejor la conversación para distraerla.

— Ana María —llamó su madre desde la cocina— ¿no vas a arreglarte? No tarda en llegar Joaquín y recuerda que pidió permiso para llevarte a cenar con sus padres.

— Voy mamá. Amigas me tengo que ir, nos vemos mañana. —así como si no hubiera echo aquella declaración, dejó a sus amigas y entró a su casa.

La cena en casa de Joaquín fue agradable como siempre, eran personas muy queridas y educadas y estaban felices de la relación de su hijo con Ana María.

Pasan tres meses desde la primera vez que saludó al chico aquel, para entonces sus amigas ya habían averiguado que se llamaba Alejandro, que vivía en el barrio vecino y que era hijo del herrero.

— Ana María, desde ya te digo —le dijo su amiga Irma— que tu mamá jamás va a permitir que tengas una relación con el hijo del herrero, mejor sácate esa idea de la cabeza, además tu sigues siendo novia de Joaquín.

Por su parte Alejandro ya sabía también que ella se llamaba Ana María y que de chica mimada no tenía nada, que al contrario era una chica muy estudiosa y muy querida por todas sus amistades, que tenía un carácter alegre y sencillo, que lo mismo la podían encontrar comiendo en el mejor restaurante de la ciudad que cenando con la señora que vendía tacos en la esquina, que era la Reina del equipo de ecuestre de la ciudad, que por su belleza natural era seguida por los fotógrafos, que gustaban de engalanar sus páginas de sociales con alguna foto de ella tomada en algún evento social. Un buen día, cuando ella regresaba de su clase de cocina, escucha una voz que ya le era familiar.

— Buenas tardes, Ana María —le dijo Alejandro que había tomado valor y la estaba esperando cerca de su casa.

— Buenas tardes, Alejandro —respondió Ana María— ¿No es temprano para que pases por aquí?

— Es que hoy no paso, hoy vine a saludarte y a platicar un poco contigo, ¿podemos?

— Claro, pero no aquí, se enfadaría mi madre, vamos a caminar un poco

— ¿Y el auto, no importa que lo vean en tu casa estacionado?

— No, porque muchas veces antes de entrar a casa, voy con alguna de mis amigas, así que no les extrañará verlo aquí. Vamos —lo invitó a caminar a su lado.

— ¿Estudias? —le preguntó él.

— Si, no lo que yo hubiera querido, pero mi mamá se empeñó en que una señorita no debe ir a la universidad y que era mejor estudiar cocina y otras cosas, como bordar, tejer, que, si bien son bonitas, no cumplen con lo que yo deseaba.

— ¿Y qué es lo que querías estudiar en la universidad?

— Medicina, ¿tu estudias?

— Si, en las tardes cuando me ves pasar por tu casa es cuando regreso de la academia, estudio comercio, no sé para qué me va a servir aprender a escribir en máquina y en taquigrafía. Yo, como tú, quería ir a la universidad y estudiar Ingeniería

Industrial, pero mis padres no pueden pagarme una carrera así, soy el mayor de 6 hermanos y por las mañanas trabajo en un taller y en las tardes voy a la academia.

Platicaron mucho aquella tarde, cuando ella regresó a su casa su madre la esperaba molesta.

— ¿Se puede saber en dónde te has metido Ana María? Hace dos horas que tu auto está estacionado afuera y tu no aparecías, mandé a tu nana a buscarte a casa de Irma y no estaba, pero su madre ha dicho que tu nunca fuiste para allá.

— Pues no, porque Irma ya me estaba esperando y nos fuimos a caminar por la alameda, ¿no ves lo bonita que está la tarde mamita linda? Anda, no te enfades.

Melosa como era ella abrazaba a su madre y la llenaba de besos.

— Está bien hija, pero podías haber avisado caramba, estábamos muy preocupados, ve a avisarle a tu padre que ya estás aquí.

— Papito lindo, buenas tardes —saludó a su padre con un beso en la frente.

— Mi reina, ¿en dónde andabas? Tu madre ya se volvía loca buscándote por toda la colonia.

— Perdón papá, me fui a caminar con Irma por la alameda y aprovechar la tarde tan bonita, tienes razón, debí avisar, ¿me perdonas papito lindo?

— Mi corazón hermoso, no hay nada que perdonar, pero tenemos que calmar a la fiera de tu madre, ven vamos a invitarla a tomar un helado.

En eso suena el teléfono y contesta la nana de Ana María.

— Ana María mi niña, te llama el señor Joaquín.

— Invítalo a venir con nosotros hija, dile que nos alcance en la nevería Venecia.

Así lo hizo Ana María y cuando llegaron a la nevería un Joaquín como siempre muy guapo vestido correctamente con un traje azul marino se acerca sonriente a ayudar a su novia a bajar del auto.

— Hola corazón —le dijo al tiempo que besaba su mejilla, después saludó a los padres de Ana María, le ofrece su brazo a ella y caminan sonrientes hasta la nevería, en donde charlaron animadamente los cuatro.

— Y cuéntanos Joaquín como van tus estudios —preguntaba la madre de Ana María.

— Muy bien, me gusta mucho mi carrera y ya me falta poco para terminar, después me iré a donde me manden a hacer un año de servicio, cuando regrese pienso pedir la mano de Ana María.

Ella que escuchaba todo sin mucho interés, pues su mente estaba en el rato tan agradable que había pasado al lado de Alejandro, casi se ahoga al escuchar eso.

— Cariño —le dice Joaquín— ¿estás bien? Señorita, ¿nos podría traer un vaso con agua por favor? —le pide a la mesera preocupado.

Ana María sentía que no podía respirar bien, pero no era por el ahogamiento, si no por la casi propuesta de matrimonio que acababa de hacer Joaquín y además delante de sus padres.

— Estoy bien —dijo tomando el vaso que le llevó la mesera— es solo que me sorprendiste.

Ana María cambió hábilmente el tema de la conversación, su madre se veía muy entusiasmada y ella no quería que comenzara a fantasear con la supuesta boda. No, ella no se quería casar aún, además Alejandro estaba siendo muy importante para ella, tanto que ya no veía a Joaquín con la misma ilusión que antes. Cuando salieron de la nevería, se fueron a caminar a una plaza que había cerca, era un lugar hermoso, lleno de jardines con árboles y unas fuentes muy bonitas, por las tardes se llenaba de familias que en verano llegaban hasta el lugar a pasar un rato agradable, los niños corrían o andaban en sus bicicletas o patines. Joaquín la tomó de la mano y se internaron por uno de los caminos menos concurridos.

— Joaquín, ¿por qué dijiste eso delante de mis padres? Yo no me quiero casar tan pronto, apenas voy a cumplir 17 años, debiste haber hablado antes conmigo —le dijo molesta.

— Perdóname querida, parece que no te hace ilusión casarte conmigo, tienes razón, debí hablar primero contigo, perdón. Pero no te molestes, ¿sí? —y le besaba la mano que tenía entre las suyas, intentó acercarla para besar sus labios, pero ella se retiró un poco.

— Joaquín, que nos pueden ver mis padres, no está bien, anda mejor vamos a buscarlos ya me quiero ir a casa, estoy cansada.

Encontraron a sus padres sentados en una banca platicando con otra pareja, muy animados.

— Mamá, Papá, ¿nos podemos ir? Me siento cansada.

— Claro mi reina —le dijo su padre— vámonos mi amor, la niña está cansada. Joaquín, ¿nos acompañas a casa?

— No —se apresuró a decir Ana María— estoy cansada y tengo que terminar una tarea para entregar mañana, mejor nos vemos mañana —extendió la mano para despedirse de él.

— Sí —dijo Joaquín— descansa, yo tengo que estudiar mucho pues ya tengo los exámenes encima, ¿nos vemos mañana en tu casa querida?

— Está bien, te espero mañana —le dio un beso en la mejilla y se despidieron.

Cuando llegaron a casa, la Nana de Ana María la toma del brazo y le dice:

— Mi niña, me tienes que decir cuál ropa es la que ya vas a llevar al bazar de la Iglesia, solo te estoy esperando para ir, anda, apúrate (y le guiñaba un ojo, haciéndole señas de que tenían que salir por la puerta trasera de la casa).

— Pero Chabela, la niña viene muy cansada, por eso nos regresamos temprano, ya mañana irán a llevar esas cosas.

— No, Mamá no puede ser mañana porque ya quedé con el Padre Juanito que lo iba a llevar hoy, si no lo hago va a decir que no soy seria, tengo que ir, me acompaña mi Nana.

— Váyanse en el auto Ana María.

— Pero Mamá, si son solo 3 cuerdas, nos vamos caminando, ¿verdad Nana?

— Pues qué remedio, la niña dice y yo hago, vamos.

Cuando llegan a la habitación de Ana María, le dice la Nana —apúrate niña que el niño Alejandro está esperándote en la esquina, yo voy a tener que salir contigo, pero me voy un rato a la casa de mi comadre, ahí te espero.

— Qué haría yo sin ti Nana —y le dio un sonoro beso en la regordeta mejilla.

Salieron las dos con una bolsa con ropa, Alejandro ya estaba esperando impaciente, Ana María corrió a su encuentro y parándose en puntillas (pues él era mucho más alto que ella), le dio un beso en la mejilla, muy cerca de los labios. Alejandro le devolvió el beso y tomados de la mano se fueron caminando alegremente, la Nana se quedó en casa de su comadre con la bolsa de ropa.

— No sabes cómo tenía ganas de verte chaparrita, vamos te invito a un helado ¿quieres?

— Claro que sí, vamos.

Llegaron a una nevería nueva, no muy lejos de la casa de ella, se sentaron y pidieron su helado, platicaron un poco de todo, tenían tanto que conocer el uno del otro, se iban descubriendo día a día. Ana María sentía que ya no podía prescindir de la presencia de Alejandro, pero ¿qué iba a hacer con Joaquín? Ya no le estaba gustando el juego que comenzó como una travesura. Pues a Joaquín lo veía a las 6 de la tarde por la puerta principal de la casa, lo recibía en el salón y era muy bien recibido por sus padres, en cambio a Alejandro, tenía que verlo a escondidas, siempre por la puerta de atrás, la que usaba el servicio, siempre ayudada por su Nana. Todos los días lo mismo, un correr a cambiarse de ropa por algo más sencillo para ver a su Alejandro que llegaba puntual a las 8 de la noche, caminaban un poco y aprovechaban cualquier rincón mal iluminado para abrazarse y besarse. Cómo le gustaban los besos de Alejandro, en cambio a Joaquín ya no le volvió a permitir ni tocarla, mucho menos besarla. Un día se armó de valor y cuando llegó Joaquín le dijo que tenían que hablar muy seriamente.

— Dime que es lo que te pasa cariño mío, hace tiempo te noto rara, muy lejana y tú no eres así, me estoy preocupando mucho, aparte no permites ni que te tome de la mano. ¿Cuánto hace que no vamos al teatro o a una corrida de toros que tanto nos gusta a ambos? Siento que te estoy perdiendo Ana María y no sé por qué —le dijo con los ojos brillantes de lágrimas, pues él sí estaba muy enamorado de ella.

— Perdóname Joaquín, no puedo seguir contigo, es verdad, ya no siento la misma ilusión por verte, no quiero hacerte daño, quiero que seas libre, eres un hombre bueno y deseo que encuentres el amor que te mereces y que yo ya no puedo ofrecerte —lo abrazó con mucho cariño, pero cariño de amigos y él lo sintió así.

— Adiós, Ana María, por favor sé feliz y no permitas que nada, ni nadie se oponga a ello, te amo tanto que acepto ya no ser parte de tu vida y te dejo en libertad para que seas feliz con Alejandro.

Ana María abrió mucho sus hermosos ojos verdes.

— Pero ¿tú sabías de Alejandro? ¿Por qué nunca me dijiste nada? Si ya tenemos 6 meses viéndonos a escondidas.

— Por la sencilla razón de que esperaba que fuera solo un capricho y que ibas a volver conmigo, convencida de casarnos y formar una familia. Pero no seré yo quien se oponga a tu felicidad, Ana María, inténtalo al menos si tanto lo amas y él te ama. De cualquier manera, siempre estaré cerca si me necesitas.

Esa noche no quiso ver a Alejandro, le dolía hacer sufrir a Joaquín, era un hombre bueno y noble, pero hasta él había entendido que el amor que sentía por Alejandro era algo casi sobrenatural, no se podía detener ya. Al día siguiente, durante el desayuno, les comunicó a sus padres que había terminado su relación con Joaquín. Su madre por supuesto no estuvo de acuerdo y se molestó mucho, hasta la amenazó con quitarle desde el auto hasta el último abrigo de mink que le había mandado traer de Europa. Pero lo que su madre no había entendido nunca es que a ella esas cosas no le interesaban, que era más feliz con un vestido modesto y un buen abrigo de lana, que el frío lo cubrían igual uno como otro. Su padre, al contrario, la abrazó con tanto cariño diciéndole:

— No te preocupes princesa, es mejor terminar una relación que no te hace feliz a tiempo, que por compromiso continuarla y vivir en un infierno, yo te apoyo hija.

— Gracias papito, aunque me vas a tener que ayudar con mamá —le dijo en secreto— tiene que entender que no estoy enamorada de Joaquín y que no hay nada que hacer.

Pasaron dos semanas en las que Ana María se sentía cada día más enamorada de su Alejandro, aún no conocía a la familia de él, solo había visto a un chiquillo flacucho y sonriente que pasaba y le decía: — Adiós cuñada. Le preguntó a Alejandro si lo conocía.

— Como lo describes, no puede ser otro que mi hermano Felipe, es el menor y nos vio un día caminando por el parque y me dijo: — Ya te vi Alex, qué bonita es tu novia. Y le dije que sí, que eras mi novia, que te llamas Ana María y que vives aquí, por eso se dio a la tarea de venir a saludarte todos los días. Pero si te molesta o te compromete con tus padres, le prohíbo que vuelva a pasar por tu casa chaparrita, no quiero provocarte más problemas.

— No, cómo crees que me provocas problemas vida, además tu hermanito me parece muy simpático, haría bien en detenerse un día a platicar conmigo.

— No sabes lo que dices, ya no te lo vas a quitar de encima y si le caes bien como creo, menos.

Así estaban muy contentos platicando en la puerta de la casa de ella, cuando se detiene el auto de sus padres y su mamá se baja furiosa, la tomó del brazo con tanta fuerza que casi la hace tropezar.

— Ana María, así que por este joven terminaste tu relación de dos años con Joaquín Araiza, no tienes vergüenza, entra inmediatamente a la casa. Y usted joven no sé ni cómo se llama, ni de dónde viene, pero creo que este no es lugar para usted, no vuelva a tocar a esta puerta y mucho menos a buscar a mi hija.

Ana María estaba pálida de miedo y coraje al mismo tiempo, se armó de valor y se enfrentó a su madre.

— No tienes derecho de tratar así a Alejandro mamá, es mi novio y sí, por él dejé a Joaquín y lo voy a ver todas las veces que quiera. Papá, por favor, di algo.

Don José Maciel que era un hombre bueno y justo, abrazó a su hija y se acercó a Alejandro.

— Mucho gusto Alejandro, soy José Maciel, el padre de Ana María, le voy a pedir que se retire en este momento y me espere usted en la nevería de la esquina para que podamos charlar un poco los dos, y le ofrezco una disculpa por los gritos de mi esposa, ahora lo alcanzo. Hija, vamos adentro, tranquilízate, todo va a estar bien, ve a tu habitación y espérame ahí. Ana María se fue directo a su habitación, pero su madre furiosa iba tras ella, amenazándola con encerrarla en la casa y de ser preciso en su habitación, ella lloraba como una chiquilla.

— Siéntese Alejandro, veo que mi hija lo quiere a usted mucho. Mire que nunca la había visto enfrentarse así a su madre y hoy lo ha hecho por usted, ahora yo le pregunto, ¿siente lo mismo por ella?

— Don José, quiero mucho a Ana María, estoy dispuesto a todo por ella.

— Muy bien, platíqueme un poco de usted y de su familia, en dónde vive, en qué trabaja, entenderá que para un padre es importante saber con quién se está relacionando su única hija. Yo no tengo prejuicios, a mí me basta saber que quien está al lado de mi princesa es un hombre de bien y trabajador, amante de la familia, porque a eso es a lo que ella está acostumbrada, a tener y ser parte de una familia, que aunque pequeña, está llena de amor y armonía, a pesar de la explosión de mi esposa que acaba usted de ser testigo, es justificable, entendamos que solo tenemos una hija y es la luz de nuestras vidas.

— No se preocupe Don José, yo entiendo. Mire, yo soy el hijo mayor del herrero del barrio vecino, a lo mejor usted conoce a mi padre, pues ha trabajado para muchas familias de esta colonia, haciendo sus puertas y ventanas.

— Pues fíjese que no tengo el gusto, pero me voy a hacer su cliente con toda seguridad, y usted ¿trabaja o estudia?

— Las dos cosas, por la mañana trabajo en un taller y por la tarde voy a una escuela particular a estudiar comercio, ya me gradúo dentro de dos meses y espero pasar del taller a las oficinas. Aunque le confieso que siempre quise ir a la universidad y estudiar ingeniería industrial, pero somos 5 hermanos y al ser yo el mayor, me toca trabajar para ayudar con los gastos de los más chicos.

— O sea que es usted un joven trabajador y responsable, eso me gusta mucho y no se preocupe ni se avergüence de decir que es obrero, todo trabajo es noble —extendió la mano y apretó la de Alejandro. Bienvenido a la familia Maciel, Alejandro, no se preocupe, yo me encargo de mi esposa, veo que en verdad usted está enamorado de mi princesa.

A partir de ese día Ana María libraba una batalla con su madre, llegando al extremo de encerrarla bajo llave en su habitación, en vano las lágrimas y súplicas de la chica, mientras tanto Alejandro no dejaba de ir todas las tardes y alguna que otra noche también en la que le llevaba serenata, cantándole hermosas canciones de amor acompañado por un trío de cuerdas, ya era imposible negar que el amor que sentían el uno por el otro era algo muy fuerte. Por fin un día la madre de Ana María cedió un poco ante las súplicas de ella, de su esposo y de la Nana, la dejó salir por fin de la casa para ir al instituto en donde estudiaba, eso sí, siempre acompañada de la Nana, que tenía orden de no separarse de ella ni un segundo, pero como la buena de

Chabela quería tanto a su niña y lo único que quería era verla feliz, la ayudaba para que se viera con Alejandro.

— Chaparrita, no podemos seguir así —le dijo un día— voy a hablar con tus padres, bueno tu papá está de acuerdo en nuestra relación, pero con tu mamá si tengo que hablar cuanto antes, no me gusta que nos estemos viendo a escondidas.

— Tengo miedo Alejandro ¿y si me vuelve a encerrar y no me deja verte?

— No tengas miedo, tienes que ser valiente, verás que la convengo, hoy mismo voy a hablar con ella.

Llegó Ana María a su casa con la Nana, saludó a su madre, su papá estaba de viaje de negocios, así que se sentó en la sala con ella que estaba leyendo un libro.

— De que trata tu libro mamá, —le dijo tratando de sacarle plática— si es interesante tal vez cuando lo termines me lo dejes leer a mí también.

— Que te traes entre manos Ana María, estás muy platicadora conmigo y que yo recuerde últimamente no querías casi ni darme los buenos días.

— ¿Sabes una cosa mamá? No vale la pena que tu y yo estemos enfrentadas, al final la vida nos tiene ya preparado nuestro destino, así es que ya no me voy a preocupar ni me voy a enfadar contigo, si mi destino es Alejandro, así será aunque el mundo se oponga.

Se levantó decidida y valiente, le dio un beso en la frente a su madre y se fue a su habitación. A las 8 de la noche en punto tocan a la puerta y se escucha la voz de la Nana.

— Señora, la buscan.

— ¿Quién me busca a esta hora Chabela?

— Es mejor si usted va a la puerta. Un correcto y bien vestido Alejandro está esperando ser recibido —lo que no le causó mucha gracia a la madre de Ana María.

— Buenas noches señora, vengo a hablar con usted, ¿me permite pasar a su casa?

— Pase joven y tome asiento, usted dirá.

— Vengo a hablarle sobre mi relación con su hija Ana María, estoy muy enamorado de ella señora y ella de mí también.

— Momento jovencito, hable por usted mismo, en lo que respecta a mi hija, que sea ella misma quien me diga a mi lo que siente por usted. Chabela —llamó a la Nana— dile a la niña que venga a la sala por favor.

— Sí, señora —y disimuladamente le guiñó un ojo a Alejandro.

— Niña ven, te habla tu mamá que vayas a la sala, está hablando con el joven Alejandro, pero tranquila que se ve muy en paz la señora.

— Dime mamá. Alejandro, buenas noches, que agradable es encontrarte en la sala de mi casa —y se dirigía a sentarse junto a él, pero su madre la llamó a sentarse a su lado.

— Este joven dice que está enamorado de ti Ana María, ¿y tu hija qué sientes por él?

— Yo también estoy enamorada de él mamá, mucho.

— Bueno, no seré yo quien impida tanta felicidad, les doy mi permiso para que usted Alejandro pueda visitar a Ana María aquí en la casa.

— Muchas gracias, señora. Aprovecho la oportunidad para pedirle permiso de invitar a Ana María mañana al cine, por supuesto que iríamos a la primera función a las 4 de la tarde, se estrena una película musical que los dos tenemos muchas ganas de ver.

— Muy bien, puede usted pasar por ella a las 3 de la tarde, porque supongo que como se irán caminando tienen que hacerlo con tiempo.

— Pero mamá nos podemos ir en mi auto.

— No señorita, si tu novio no tiene auto caminarás junto a él, el auto se queda aquí.

— Está bien mamá.

— Gracias señora, no se preocupe que el cine no está lejos y nos servirá caminar un poco.

Al día siguiente Ana María se esmeró en su arreglo, se puso un vestido azul que sabía le gustaba a Alejandro y un abrigo ligero. Cuando de pronto entra su madre.

— Veo que ya estás lista hija, pero no puedes ir en esas fachas —le dijo abriendo el closet y sacando uno de los vestidos nuevos que recién le habían comprado y un abrigo de mink con gorro haciendo juego.

— Te vas a poner esto.

— Pero mamá, si solo vamos al cine.

— No importa, mi hija no puede ir vestida, así como estás, te cambias de ropa o no vas a ningún lado. Ah, y te pones las esmeraldas que te acabo de regalar, hacen juego con tus ojos.

Dicho esto, salió de la habitación dejando a una Ana María con un nudo en la garganta, pues sabía por qué lo hacía su mamá, para humillar a Alejandro. Cuando este llega, Chabela que ya tenía orden de hacerlo pasar al salón, va a decirle a Ana María que ya llegó Alejandro, cuando este la ve como está vestida y arreglada, sintió que se le iba el alma del cuerpo, se disculpó.

— Chaparrita linda, espérame tantito, voy corriendo a mi casa a cambiarme de ropa, no me tardo.

— Alejandro, discúlpame si no me vestía así no me iba a dejar salir mi mamá.

— No te preocupes amor, ahorita vengo.

Cuando regresó, todos se quedaron sorprendidos del cambio en Alejandro, pues vestía correctamente, con un traje negro que combinaba muy bien con el outfit de ella. Le ofreció su brazo y se fueron triunfantes, la madre de Ana María se quedó saboreando su derrota, pero que no pensara este jovencito que le iba a ser tan fácil llevarse a su hija, por lo menos tenía que ver a lo que ella estaba acostumbrada.

Fue una tarde hermosa, Ana María y Alejandro disfrutaron de su película, cuando salieron del cine se fueron a caminar por la plaza que a esa hora ya se veía muy

concurrida. Él le compró un helado y sentados en una banca platicaban, cuando de pronto Ana María escucha la voz de Joaquín que les saluda.

— Buenas tardes, Ana María, Alejandro.

— Hola Joaquín, qué sorpresa encontrarte aquí, pensé que seguías en la capital.

— Regresé hace tres días, vine a hablar con mis padres pues me voy a casar con una compañera de la facultad de medicina y tienen que ir a México a pedir su mano.

— No sabes cómo me alegro Joaquín, te deseo mucha suerte y que seas todo lo feliz que te mereces.

Alejandro que sabía bien quien era Joaquín, guardaba silencio, pero no perdía detalle de como miraba a Ana María, si bien era cierto que se iba a casar, él no había dejado de amarla, de eso estaba seguro.

— Alejandro, un placer volver a verte, ¿puedo hablar un minuto contigo?

— Claro que sí Joaquín, ahora vuelvo chaparrita —le dijo a Ana María que se quedó sorprendida.

— Tu dirás Joaquín.

— Mira Alejandro, no te lo voy a ocultar, lo que siento por Ana María es tan fuerte que al saber que ella estaba enamorada de ti y tú de ella me hice a un lado, porque para mí lo único importante es su felicidad, pero sí te quiero pedir que nunca la hagas derramar una lágrima, que no la hagas sufrir, porque ella merece ser feliz. Yo me caso, sí, pero me caso amando a Ana María, me caso con una buena mujer y voy a luchar por ser feliz y hacerla feliz a ella también, siempre contarán ustedes dos conmigo.

Se dieron un fraternal abrazo y se despidieron.

— Ana María, ¿me permites darte un abrazo de despedida?

Ana María voltea a ver a Alejandro, que con la cabeza le dice que sí, que abrace a Joaquín.

— Claro que sí Joaquín, siempre te recordaré con mucho cariño, se feliz por favor, solo eso te pido, se feliz.

— Ana María, quiero que sepas que siempre estaré cerca cuando me necesites, no lo olvides —le dijo al oído— tú también se feliz, tu felicidad querida, es la mía, le dio un beso en la mejilla y se fue lentamente.

— Que extraño todo esto Alejandro, mira que venimos a encontrar con Joaquín aquí, cosas del destino, no cabe duda, es un buen hombre.

— Sí amor, es un buen hombre —le dijo tomándola por los hombros y acercándola a él.

— Vida, ¿nos vamos? Se hace tarde y no quiero darle motivos a mi mamá para que me castigue de nuevo.

— Sí chaparrita, vámonos.

Así pasaba el tiempo, ellos cada vez más enamorados uno del otro, la madre de Ana María sin terminar de aceptar su relación con Alejandro, pero contaban con el apoyo de su padre.

— Qué rápido pasa el tiempo niña —le dijo un día la nana Chabela— ya hace más de año y medio que eres novia de Alejandro, y apenas hoy vas a ir a conocer a su familia.

— Bueno nana, no había ido porque mi mamá no me daba permiso, pero ahora no le quedó más remedio, es cumpleaños de la mamá de Alejandro y me invitaron a comer con ellos, le compre un regalo, mira —saca de su mesa de noche una caja de terciopelo negra. Le mandé a hacer un rosario de plata ¿crees que le guste?

— Si no le gusta me lo das a mi —dijo la nana y soltaron la carcajada las dos— está muy bonito niña, seguro le va a gustar mucho, pero yo te aconsejaría que no lo lleves en ese estuche, ponlo en una caja más sencilla.

— Tienes razón nana, así me lo entregaron en la joyería Palermo, pero creo que por aquí tengo una caja bonita, le pongo un lindo moño y listo, gracias nana.

— De nada mi niña, eres tan buena y tan chula, quien no te va a querer si eres un pan de Dios criatura, ya verás que toda la familia del joven Alejandro se va a enamorar de ti también.

— Eso espero nana, eso espero.

Tocan el timbre de la puerta y la nana va a abrir a un nervioso Alejandro que va a recoger al amor de su vida para presentarla a sus padres y hermanos.

— ¿Nos vamos chaparrita?

— Nos vamos. Nana, nos vemos más tarde.

Los padres de Ana María habían salido a un viaje rápido de 4 días a la hacienda, por unos problemas que se habían presentado con uno de los pozos. Cuando llegan a la casa de Alejandro, ella se queda parada como clavada en el piso.

— Ven amor, no temas vamos a que mis padres te conozcan —dijo abriendo la puerta e invitándola a pasar a una casa amplia, humilde pero muy limpia, con muchas macetas con flores de todos los colores en el corredor.

— Mamá, Papá —dijo un sonriente y enamorado Alejandro— les presento a Ana María Maciel, mi novia desde hace más de año y medio.

— Mucho gusto Señor y Señora Rosas, es para mí un placer conocerlos. Señora Alicia, me dijo Alejandro que hoy es su cumpleaños y me permití traerle un pequeño regalo, espero que sea de su agrado.

— Muchas gracias Ana María, pasa toma asiento, estás en tu casa, como podrás ver no hay tantas comodidades como supongo las hay en la tuya, pero sí mucho amor.

— Las comodidades no son importantes señora Alicia, para mí no, yo soy sencilla en mis gustos.

— Pues no parece, —dijo la madre de Alejandro un tanto impertinente— para ser sencilla, vistes muy elegante y qué decir de tus zapatos y tu bolso, se ve que son muy finos.

— Mamá, por favor —le dijo Alejandro, notando lo incómoda que ya se sentía Ana María.

— Por favor qué, Alejandro, esta niña acomodada tiene que poner los pies en la tierra en algún momento, ver la realidad que vive su novio y su familia.

Ana María no podía creer que la madre de Alejandro se opusiera a su relación también. De los hermanos ya ni hablamos, que solo el pequeño aquel que la saludaba le sonreía, los demás la veían de una manera tan... ¿extraña? Qué momento tan incómodo para ella y para Alejandro.

— Vida, ¿nos podemos ir por favor?

— Sí amor vámonos —volteó Alejandro con sus padres y le dijo a su mamá— gracias mamá, adiós.

Ya en la calle Ana María soltó el llanto y Alejandro la abrazó tratando de consolarla, pero él mismo se sentía muy triste por toda la situación que acababan de vivir. Caminaron sin rumbo, iban abrazados en silencio, ninguno de los dos sabía cómo romperlo en ese momento.

— Alejandro, —le dijo por fin Ana María— ¿qué vamos a hacer? Yo nunca pensé que tu mamá no me iba a aceptar, y tu papá no dijo ni media palabra, tus hermanos me veían de una manera que me asustó, menos Felipe.

— No te preocupes amor, aunque se oponga el mundo tu y yo vamos a estar siempre juntos.

Era ya tarde cuando llegaron a la casa de Ana María, Chabela ya se había ido a dormir, le había dejado una nota en la que le decía que como le dolía mucho la cabeza, se había tomado sus pastillas y ya sabía que la hacían dormir profundamente.

— No te vayas tan pronto vida, vamos a platicar al salón —lo tomó de la mano invitándolo a pasar a la casa.

Ana María fue a la cocina a preparar café para los dos, mientras lo tomaban hacían planes para su futuro, de pronto Alejandro le tomó la cara entre sus manos y comenzó a besarla y ella le permitió ser un poco más audaz en sus besos y caricias. Ya totalmente fuera de control los dos se fueron a la habitación de Ana María y el tiempo pasó entre el sabor del descubrimiento íntimo de una pareja que se encuentra por primera vez y el temor de ser descubiertos, pero algo quedaba claro entre los dos, había un amor muy grande, pero también había deseo.

— Perdóname Chaparrita, perdón, no me supe controlar más —le decía un Alejandro con el rostro enrojecido— ¿Te lastimé? Soy un bruto perdóname por favor.

— No tienes nada de que pedir perdón Alejandro, en todo caso yo tampoco supe detenerte ni detenerme a tiempo y no, no me lastimaste, no sabía hasta qué punto podía llegar la relación entre un hombre y una mujer, pero no me arrepiento vida.

Se abrazaron y se quedaron dormidos. De pronto despierta Alejandro sobresaltado, era de madrugada y sabía que tenía que salir de la casa de Ana María, antes de que la nana se despertara.

— Chaparrita, amor despierta, no quiero separarme de ti, pero me tengo que ir antes de que se despierte tu nana —le decía Alejandro al oído.

— Vida, no te vayas —y se abrazaba a él con fuerza— pero tienes razón la nana me quiere mucho, pero esto si no lo iba a pasar por alto, apúrate te acompaño a la puerta —le decía poniéndose una bata mientras Alejandro se vestía.



Pasaron los meses, ellos no habían vuelto a estar a solas, parecía que todo el mundo supiera que lo buscaban, no los dejaban ni un minuto a solas. Un día la nana le dice a Ana María.

— Mi niña, ven, —se acerca— Hay mi Dios, tú estás embarazada Ana María.

Ana María suelta el llanto y se abraza a su nana, por fin la había descubierto, tanto que había luchado porque no se notara, había cambiado casi todo su guardarropa, alegando a su madre que era la moda ahora no llevar la ropa tan entallada a la cintura, todo para ocultar su embarazo, ni a Alejandro le había dicho nada.

— ¿Qué vas a hacer niña cuando tu madre se entere, cuantos meses tienes ya?

— Tengo 6 meses nana.

— Pero por Dios niña, como no me di cuenta antes, como debes haber sufrido al descubrirlo tu solita, corazón. Y el joven Alejandro qué dice, ¿se va a hacer cargo o no?

— No le he dicho nada nana, no sabe, el solo me ha notado un poco de sobrepeso, pero nada más.

— Pues se lo tienes que decir y ahora mismo, esto ya no puede esperar más, le voy a llamar a la oficina en donde trabaja para decirle que venga que nos espere en la nevería de la esquina, que es importante.

Ana María solo decía que sí con la cabeza.

— Qué bueno que tu papá está de viaje y tu mamá se fue a jugar canasta con sus amigas, ¡hay mi niña! en menudo lío te has metido.

Llegaron a la nevería y ya estaba Alejandro esperándolas.

— Buenas tardes joven Alejandro, aquí la niña tiene algo muy importante que decirle, para que dar tantos rodeos, anda niña, dile.

— ¿Qué te pasa Chaparrita?, ¿te sientes mal? Estás muy pálida, ven, siéntate, el otro día también te sentiste mal ¿recuerdas?, casi te desmayas.

— Pues ahí tiene joven.

— Nana, por favor, ven vida siéntate que tengo algo que decirte y no se ni por dónde empezar. Alejandro... ¡¡Estoy embarazada de 6 meses!!

— ¡¡Qué!! —se levantó Alejandro de la silla y la levantó a ella— no te preocupes —le decía mientras la abrazaba protector— no tengas miedo, vamos a hablar con tus padres, acabo de ver pasar el auto de tu papá, ven amor.

— Pero espera Alejandro, qué les vas a decir.

— Pues esto, que estás embarazada y que nos vamos a casar inmediatamente —y la jalaba con delicadeza para que lo siguiera.

La nana Chabela con una sonrisa en los labios, les dio unas palmaditas en la espalda a los dos, diciéndoles — Vamos muchachos, al mal paso buena cara, esto ya no puede esperar más, en cualquier momento tu mamá se da cuenta niña, es mejor que se lo digan ustedes a tus padres, hazle caso al joven Alex.

Llegaron juntos con la mamá de Ana María que no disimulaba el disgusto que le daba ver a su hija con Alejandro.

— Buenas tardes Señora Mariela, vengo a hablar con usted y su esposo.

— Y esa valentía Alejandro, ¿de dónde viene? Pasa y siéntate, ahora llamo a mi esposo.

Ana María se sienta junto a un Alejandro seguro de sí mismo, consciente de las consecuencias de sus actos y dispuesto a enfrentar lo que fuera, no soltaba la mano de Ana María, era su manera de decirle "no temas, yo te protejo".

— Hola Alejandro, qué gusto verte en esta tu casa, muchacho, déjame abrazarte, hace tiempo que no te veo, he estado viajando mucho a la hacienda.

— Don José, Señora Mariela, vengo a pedirles la mano de Ana María, nos queremos casar inmediatamente porque estamos esperando un hijo —lo dijo todo de corrido ante la sorpresa de los padres de Ana María.

— Pero cómo te atreves tú a faltarle y a faltarnos al respeto de esta manera Alejandro —tronó la voz de Mariela Maciel— Ana María, vete a tu habitación de inmediato, Alejandro ya se va y no vuelve a poner un pie en esta casa, si es verdad que estás esperando un hijo, tu padre y yo lo criaremos como nuestro y asunto arreglado, pero de ninguna manera acepto que te cases con este tipo que no tiene en que caerse muerto.

— No mamá, ni me voy a mi habitación, ni me vas a separar del amor de mi vida y mucho menos me vas a quitar a mi hijo, porque en este mismo momento me voy con Alejandro.

Dicho esto, salieron a la calle tomados de la mano, hasta ese momento su padre no había podido pronunciar palabra, la sorpresa lo había dejado mudo, pero caminó de prisa hasta darles alcance, los detuvo ya cerca de la esquina.

— No hija, así no te puedes ir de tu casa, yo los apoyo como lo hice siempre, me hubiera gustado que las cosas fueran diferentes, pero no me puedo poner en su contra. Alejandro ven mañana para ponernos de acuerdo en todo lo referente a la boda, supongo que tienes que hablar con tus padres también ve tranquilo, soluciona las cosas con ellos y te esperamos mañana, a mi princesa la cuido yo, no te preocupes.

— ¿Vas a estar bien Chaparrita?

— Sí Alejandro, no te preocupes y confía en mi papá, el no miente y me va a cuidar muy bien.

Cuando regresan a la casa, aquello era un campo de batalla, su madre se había metido a su habitación y había sacado toda su ropa del closet y la cajonera, todo estaba revuelto y tirado en el piso. Mariela estaba fuera de sí, lloraba, amenazaba con encerrarla de por vida en la hacienda, pero entonces su padre que nunca se había enfrentado a su madre y que siempre le daba por su lado y le concedía todo lo que ella quería, se plantó frente a su esposa y con una voz enérgica que Ana María no conocía en él, le dijo a Mariela.

— Ya basta, primero recoges todas las pertenencias de mi hija del piso, las ordenas como debe de ser y te calmas, que aquí nadie se ha muerto, la niña va a tener un hijo si y qué, no es ni la primera ni la última joven en estas condiciones y tu más te vale que lo aceptes, componte porque mañana viene Alejandro para ponernos de acuerdo sobre la boda y es probable que vengan sus padres con él y no quiero que les hagas sentir mal en ningún momento. Ven princesa, vamos a la cocina a tomar algo caliente.

Fue tal la sorpresa de Mariela de descubrir ese lado del carácter de su esposo que, por primera vez, no supo qué decir y se puso a recoger y ordenar las cosas de Ana María como le había "ordenado" José. Ana María durmió poco, sabía que su vida como la conocía hasta entonces ya no sería igual, pero tenía la ilusión de ser madre, de comenzar una familia junto al hombre que amaba por sobre todas las cosas, eso era lo importante para ella, emprender esta nueva aventura llamada matrimonio a su lado.

Al día siguiente, todo era agitación en su casa, Chabela corría de un lado para otro intentando mantener el orden de la cocina, y el resto, su madre se había empeñado en hacer una cena muy elaborada para recibir a Alejandro y su familia, algo que disgustaba mucho a su padre pues veía en ello una doble intención, pero no quería jalar tanto la cuerda de Mariela y provocar un disgusto mayor, así que ya lo manejarían adecuadamente cuando los invitados llegaran. A las 8 de la noche en punto sonó el timbre de la puerta, Ana María dio un salto, tan nerviosa estaba la pobre, Chabela se apresuró a abrir y hacer pasar a Alejandro que llegó acompañado de sus padres solamente.

— Buenas noches Don José, Doña Mariela, les presento a mis padres Juan y Alicia Rosas —se dieron la mano, muy serios los cuatro, y tomaron asiento. Ana María, Chaparrita ¿puedo hablar contigo un minuto?

— Sí Alejandro, ven, vamos a la terraza.

— Amor, pase lo que pase esta noche, estén de acuerdo o no, tú y yo nos casamos ¿está bien?

— Si vida, está bien, tú y yo ya somos una familia junto con nuestro bebé, no importa lo que suceda esta noche con nuestros padres.

Se abrazaron y Alejandro le dio un beso en la frente, tomados de la mano regresaron al salón y se sentaron frente a sus padres.

— Pues bien —dijo José el padre de Ana María— ya estamos aquí reunidos para decidir entre todos el futuro de estos chicos.

— Papá, si me permites hablar —dijo Ana María con una fuerza en su voz y en su actitud que no le conocían antes, mostraba una determinación y un valor increíble— No estamos aquí para que ustedes decidan nuestro futuro papacito, ese nos pertenece solo a nosotros dos y a nuestro hijo, así que perdóname, pero si estamos aquí es para informarles también a los padres de Alejandro nuestra decisión.

— Así es —dijo Alejandro apoyando las palabras de Ana María— y nuestra decisión es casarnos lo antes posible, no queremos una gran boda como tal vez usted señora Mariela hubiera querido para su hija, a nosotros no nos interesa eso, solo queremos estar juntos y esperar a nuestro hijo ya casados, como familia.

Los padres de ambos que se habían mantenido en silencio hasta ese momento, solo los veían con asombro unos y con coraje y decepción otras. Fue el padre de Alejandro el que tomó la palabra.

— Pues bien, Alejandro y Ana María, ya han dicho lo que quieren hacer, pero me parece a mí que hay algunos puntos que ellos mismos tienen que definir, como es en donde van a vivir Alejandro, te recuerdo que tu sueldo no es mucho, que apenas comienzas en tu nuevo trabajo y, por lo que sé, la señorita está acostumbrada a una vida hijo que tu no le podrás dar ¿ya pensaron en eso? Tú, Ana María, ¿es tan grande tu amor por mi hijo que estás dispuesta a dejar todas tus comodidades, tus lujos por tal vez una vida llena de carencias al principio? No malinterpreten mis palabras hijos, pero creo que es conveniente que alguien les ponga los pies sobre la tierra, decirlo así como lo acaban de hacer ustedes, suena muy bonito y romántico, pero piensen un poco a futuro, cuando el dinero no alcance para darse siquiera el gusto de comprar algo más de fruta, por ejemplo, ya no digamos un nuevo par de zapatos.

— No te preocupes papá —dijo Alejandro— que a mí no me asusta el trabajo, ya veré yo que a mi familia no le falte nada, y aprovechando les informo, y a ti también Chaparrita, que mi jefe me ofrece hacerme cargo de las oficinas del taller que tiene en Querétaro, puedo comenzar cuando quiera, el sueldo es bueno y me dan casa, así que por eso no se preocupen, que a mi familia no les va a faltar nada.

— Bien dijo Mariela contrariada, pues ya que lo tienen todo decidido, a mí no me queda más que aceptar los hechos, no me agrada para nada cómo nos hemos visto obligados a aceptar esta situación, pero, en fin, conozco a mi hija y sé lo firme que puede ser en sus decisiones. Si les parece bien mañana vemos lo del Registro Civil y la Iglesia, para que sea lo antes posible. Ahora si gustan pasar al comedor, hemos preparado una pequeña cena, adelante.

La madre de Alejandro se había mantenido en silencio todo el tiempo, pero su mirada decía todo lo que su boca no se atrevía a pronunciar, que no estaba de acuerdo con ese matrimonio. Cenaron en silencio, que rompía ocasionalmente el padre de Ana María, tratando en vano de romper el hielo entre las dos familias, pero tanto la madre de Alejandro como su esposa estaban empeñadas en hacer sentir su inconformidad y molestia, los únicos que parecían no darse cuenta de nada eran Alejandro y Ana María, ellos solo veían un futuro cercano juntos y para ellos eso era suficiente.

La celebración de la boda de los chicos se llevó a cabo muy rápido, en tan solo una semana, gracias a las relaciones de los padres de Ana María, fue una ceremonia sencilla, solo la familia de ambos y sus mejores amigos. Los pajes fueron las niñas de la vecina de Ana María que la adoraban, se veían hermosas las pequeñas. La novia resplandecía en su vestido blanco y un gran ramo de flores de azar, el novio con un traje negro impecable, hacían bonita pareja. Termina el brindis que ofrecieron los

padres de Ana María y cuando va a su habitación a cambiarse de ropa, su madre la alcanza y entran juntas.

—Bueno hija te has salido con la tuya, ya te casaste con ese don nadie, ahora qué van a hacer, porque tengo entendido que a Querétaro se van hasta dentro de 15 días, porque si estás pensando que se pueden quedar aquí, estás muy equivocada.

— No te preocupes mamá, nos vamos a quedar en la casa de los padres de Alejandro estos días. ¿Sabes mamá?, eres tan dura cuando quieres, en lugar de apoyarme, de abrazarme, es casi como si quisieras empujarme fuera de tu casa, no te preocupes, yo te juro mamá que voy a ser muy feliz al lado de Alejandro y de mi hijo, si tú quieres ser parte de esa felicidad, las puertas de mi casa siempre van a estar abiertas para ti —se dio media vuelta y dejó a su madre en la puerta, ella se metió al vestidor a quitarse el vestido de novia y a ponerse su primer vestido de maternidad, regalo de su padre.

— Mi reina, le dijo José al verla salir de su habitación con maleta en mano— qué bonita te ves hija ¿no olvidas nada corazón? Mira, dejás tus joyas, te las traigo.

— No papá, no me las voy a llevar, deja esas cosas para mi mamá, a ella si le interesan, yo tengo algo más valioso que cuidar. Papito lindo, gracias por todo tu cariño y tu apoyo en estos últimos meses, ya te dejé la dirección de Querétaro, en 15 días ya estaremos instalados allá.

— Te prometo que muy pronto iré a verlos hija, si tu madre me quiere acompañar bueno, si no iré yo solo, que Dios te bendiga luz de mis ojos —le dio un beso en la frente a su hija y la despidió en la puerta.

El recibimiento en la casa de los padres de Alejandro, no pudo ser más frío, solo el padre los recibió amablemente y Felipe claro, los demás solo voltearon a verla y continuaron con lo que estaban haciendo. La madre sale de su habitación cuando Alejandro y Ana María iban a entrar a la de Alejandro.

— ¿A dónde van Alejandro?

— A mi habitación mamá a dejar las maletas de Ana María y a desempacar sus cosas.

— No, esa ya no es tu habitación, ahora es de tu hermana Valeria.

— Pero mamá, tu sabías que íbamos a estar aquí 15 días.

— Sí, por eso no tendrás inconveniente en usar la habitación del fondo.

— Mamá, por favor, si esa habitación es fría, oscura, tiene humedad y está llena de todas las cosas que no usas con frecuencia y aparte cerca del gallinero.

— Pues es eso o se van a la casa de tus suegros, que por lo que me pude dar cuenta tu suegra no te quiere, así que tú dices.

— Alejandro, amor no te preocupes, estaremos bien —le dijo Ana María— serán solo unos días.

— Está bien —dijo mirando a su madre con impaciencia y coraje, no iban a ser fáciles esos días, sobre todo para Ana María que se tenía que quedar ahí, mientras él trabajaba.

Se acomodaron lo mejor que pudieron, Ana María sacó de su maleta un juego de sábanas nuevas que le había regalado su abuelita María, la madre de su mamá y un

cobertor que una de sus tías también le había regalado, por lo menos dormirían si en un colchón viejo, pero con sábanas limpias.

— Chaparrita, yo sé que esto puede ser muy difícil para ti amor, pero te juro que solo serán unos pocos días, mañana hablaré con mi jefe para ver la posibilidad de irnos a Querétaro antes —le decía un Alejandro preocupado por la falta de comodidad que tenían.

— No te preocupes vida, no es nada del otro mundo, yo me iría a vivir contigo hasta debajo de un árbol si fuera necesario —le dijo Ana María abrazándose a él.

Durmieron poco y mal, la cama era un suplicio de lo incómoda, pero estaban juntos iniciando su nueva vida como pareja y futuros padres y eso les hacía mucha ilusión. A la mañana siguiente, se levantaron temprano y Ana María se fue directa a la cocina a ayudar a su suegra con las labores del desayuno, a ella le gustaba cocinar y tenía muy buen sazón, pero la señora Alicia no permitía intromisiones en su cocina, no le quedó más remedio que volver a la habitación con Alejandro que ya se estaba preparando para irse a trabajar. Al ver la carita triste de su esposa, adivinó qué era lo que había pasado.

— Amor, no te sientas mal, mi mamá siempre ha sido muy celosa de su cocina, no acepta ayuda ni de mis hermanas, a ellas les toca un día a la semana cocinar y mi mamá descansa dos días de la cocina, pero cuando cocina ella, no quiere a nadie dentro, nunca entenderé por qué, pero es así, ¿qué te parece si te vas conmigo y te dejo en la casa de tus padres? Así vas empacando las cosas que te faltan y puedes estar tranquila.

— Bueno está bien vamos, pero tendremos que desayunar con tu familia para no hacer sentir mal a tu mamá que ha estado tantas horas preparando desde el pan.

— Está bien, vamos a desayunar.

Llegaron a la casa de los padres de Ana María, esta abrió con su propia llave y entraron, estaban aún sentados a la mesa terminando su desayuno, su padre al verlos se levantó y los abrazó con mucho cariño.

— Vengan hijos, vengan a desayunar.

— Ya lo hicimos en casa de Alejandro papá, no te preocupes, solo quiero un chocolate caliente.

— Siéntate niña, yo lo preparo —le dijo la nana— joven Alex ¿usted qué apetece tomar?

— Yo nada nana gracias, tengo que ir a trabajar, pero Ana María se quedará aquí con ustedes hasta que vuelva a medio día, claro si no les molesta, señora Mariela, señor José.

— A mí, mi hija jamás me molesta Alejandro, —tronó la voz de Mariela— ánda sin pendiente a tu trabajo, Ana María estará bien aquí en su casa.

— Te acompaño a la puerta vida —y salieron de la cocina tomados de la mano— no te preocupes Alejandro, mi mamá ya está cediendo un poco, la conozco.

— Está bien Chaparrita, pero que no te hagan sentir mal por favor, quiero que estés tranquila —le dio un beso y se fue a trabajar.

— Y cuéntanos como te recibieron en la casa de tus suegros, te veo cansada y ojerosa.

— Bien mamá, no te preocupes, no dormí bien porque extraño mi cama y eso creo que es normal, ya me acostumbraré.

— ¿Por qué no vas y te recuestas un poco y descansas hija? Le dijo por fin su madre con preocupación.

— Si eso voy a hacer, nana ¿me puedes llevar mi chocolate a mi... a la habitación cuando esté listo?

— A tu habitación hija, sigue siendo tu habitación y no hay necesidad de que regreses a casa de tus suegros, hay ya mucha gente ahí, cuando venga Alejandro a medio día le diremos que se pueden quedar aquí ¿está bien?

— Gracias mamá, yo sabía que te ibas a ablandar tarde o temprano.

— Contigo y con este pedacito de cielo que viene en camino sí, pero no me pidas que quiera a ese flaco condenado de tu marido —se abrazaron riendo, pero con mucho cariño.

Cuando la nana le llevó su chocolate, le platicó que su mamá lloró todo el tiempo desde que salieron de la casa con sus maletas, que solo había comido algo cuando ella llegó, Ana María tomó su chocolate y se recostó quedándose dormida inmediatamente, la nana la arropó con mucho cuidado, como cuando era niña.

— Nana llamó Ana María cuando despertó, ¿en dónde están mis padres?

— Salieron un momento niña, me dijo la señora que cuando despertaras te preguntara que se te antojaba comer a medio día —se pusieron de acuerdo en el menú que prepararon entre las dos alegremente.

Al medio día llega Alejandro un poco preocupado, pues su jefe no había podido conseguir que se fueran antes de lo planeado a Querétaro, pues las oficinas y la casa aún no estaban listas y tenían que esperar forzosamente 15 días más, él no quería que Ana María pasara tantas incomodidades y en su estado menos.

— No te preocupes Alejandro le dijo Mariela, ustedes se pueden quedar aquí en la casa el tiempo que sea necesario, no tienen que irse a la casa de tus padres.

— ¿En verdad señora Mariela? No queremos causar ningún problema.

— Mi hija no es ningún problema y tu pues ya eres parte de la familia, así que Ana María por qué no van en tu auto a recoger sus maletas a la casa de tus suegros cuando terminemos de comer.

Ana María no podía creer en el cambio de su mamá, pero estaba muy contenta de que así fuera, disfrutaron la comida, que era la primera que preparaba ella para su esposo y le hacía tanta ilusión. Al terminar, se fueron a recoger sus cosas. No fue fácil enfrentar a su suegra y a sus cuñadas, sentían que les estaba robando una a su hijo y las otras a su hermano mayor. Por fin regresaron a casa de Ana María y por fin pudieron descansar plácidamente en la agradable y cómoda cama de su habitación.

Los 15 días pasaron rápidamente y cuando se vinieron a dar cuenta ya se estaban instalando en su nueva casa en Querétaro, que eran solo 3 habitaciones, un baño y un pequeño patio en donde había un lavadero, en una instalaron su recámara, en otra

una pequeña sala y la tercera como cocina, no tenían grandes muebles, solo lo indispensable, pero era suficiente para ellos. A la semana siguiente de haber llegado, los visitaron los padres de Ana María, que llegaron cargados con una cuna para el bebé y toda clase de enseres para la cocina y la casa, ropita para el nieto tan esperado, estaban felices ilusionados con la llegada de su primer nieto.

Así fueron pasando las semanas y un día del mes de Mayo Ana María comenzó a sentir las primeras contracciones, que anunciaban el nacimiento de su hijo, llamó a Alejandro y a la partera, que casualmente era su madrina de matrimonio y que vivía a dos casas de la de ellos. Alejandro llamó por teléfono a sus suegros que tomaron carretera inmediatamente, después de todo estaban a solo dos horas de distancia y la carretera era nueva. Llegaron a tiempo para recibir a su nieto, Ana María tuvo un parto sin problemas, aunque quedó agotada, el bebé (porque era un niño) lloraba con fuerza, Alejandro casi lloraba junto con él y los abuelos esos si no pudieron contener las lágrimas de alegría al recibir en sus brazos a ese pequeño que a partir de ese momento sería el centro de su vida y razón de vivir.

A la semana de haber nacido el pequeño Alejandro, los visitó su amiga Irma, abrazó a Ana María con mucho cariño y le dijo: — Pues mira que tenías razón cuando aquella tarde nos dijiste al ver pasar a Alejandro CON ESE CHICO ME VOY A CASAR.



FIN